**Domingo de Ramos (A). 09.04.2017: Mateo 26,14 a 27,66**

***“Muchas mujeres… estaban allí viendo la escena”.* Y lo escribo… ¡CONTIGO!**

Ya llegó. Estamos en la SEMANA SANTA. La semana anterior también fue tan santa como la que llega. Y el mes de febrero tuvo también todas sus semanas ‘santas’. Todas las semanas del próximo mes de agosto (verano y vacacional para muchos) también serán santas. ¿Quién y por qué nos ha catalogado el tiempo en ‘santo’ y ‘profano’? El tiempo es el tiempo, sin calificativos que lo encasillan, atrapan, esclavizan. El tiempo es tan libre que no tiene amo y sólo es tiempo.

Esa ‘sacerdotal semana santa’ comienza con su llamado domingo de ‘ramos de olivo’. En la liturgia católica, y desde su orientación del Misal, se nos va a leer el relato de ‘la pasión, muerte y sepultura de Jesús de Nazaret’ según nos lo dejó contado el Evangelista Mateo, que tiene sus cosas peculiares y distintas del relato de Marcos, Lucas o Juan. Entre otras lindezas de sus silencios, este Evangelista se olvidó de contarnos ‘la entrañablemente triste’ escena del descendimiento del muerto Jesús. Según este narrador Mateo, ni María la madre de Jesús y esposa de José ni el afamado ‘discípulo amado’ de Juan estuvieron presentes en tal fotogénico acontecimiento para la historia de creyentes y de artistas (Mateo 27,45-61).

Sabemos que esta lectura de ‘la pasión de Jesús’ es muy larga. Pero ya puestos, ¿por qué se impide leer Mateo 26,1-13? En estos trece versículos el Evangelista nos ha contado un par de cosas muy serias. Una, que los responsables de la muerte de Jesús no son nuestros pecados imperdonables, sino las jerarquías de la Religión judía y del Templo de Jerusalén. Jesús muere porque lo matan quienes no pueden aguantar su vida, sus palabras y su persona. No trato de convencer a nadie de nada, pero invito a que se lean hasta aprendérselos los versículos **26,1-5**.

La segunda cosa es, tal vez, más grandiosa aún. Está contada en **26,6-13**, justo antes de comenzar el relato, propuesto por la comisión litúrgica de… ¡la ignorancia interesada!, para este domingo de los ramos. Se contempla en este relato la acción de una mujer sin nombre que unge a Jesús con un perfume que vale tanto como el sueldo de un año. Es decir, le proclama y le desea abiertamente mesías, ungido, consagrado, elegido. No como lo habían hecho PEDRO (Mateo 16,13-23) y los DOCE (Mt 20,20-28).

Esta inteligente, creyente, atrevida y desconocida mujer sabía que su acción ungidora era blasfema y razón suficiente para hacerse merecedora de la ‘pena de muerte’, según la Ley que Yavé Dios dictó a Moisés como se recoge en Éxodo 30,22-33. Esta blasfemia y su consiguiente pena de muerte le implicaba también a Jesús, el enceitado por su perfume: *“Cualquiera que prepare un óleo semejante o derrame de él sobre un laico será exterminado”* (Éx 30,33).

De esta manera y en este momento y por aquella mujer, Jesús de Nazaret fue reconocido ‘mesías’ por haber dicho entre sus primeras y más importantes enseñanzas una buena noticia: *“Todo cuanto deseas que te hagan los demás, házselo a ellos. Esta es toda la Ley y los Profetas”* (Mateo 7,12). Desde estos momentos iniciales de la vida y la enseñanza de este laico galileo Jesús, las autoridades del templo habían decidido (creo que a él y a esta mujer) ejecutarlo en la cruz y sepultarlo. Creo, incluso, que todos los seguidores de este Jesús y aquellos ‘doce’ cuando comprendieron este Evangelio de Jesús, le abandonaron y huyeron (Mateo 26,47-56).

**Domingo 20º del Evangelio de Marcos (09.04.2017): Marcos 5,21-43**

***Buscáis a Jesús de Nazaret… Id… a Galilea. Allí le veréis* (Marcos 16,6-7)**

En la travesía del lago de Galilea desde la orilla oriental hasta la orilla occidental no hubo tempestad alguna. Imagino, aunque nada de ello diga su escritora María de Magdala, que hasta hubo una serena y espléndidamente iluminadora luna llena. Si no fue de esta manera, ¿cómo es que en la orilla a donde llegan Jesús y los suyos les esté aguardando una inmensidad de gentes como cuando les contó aquellas cinco parábolas del reino-reinado?

Aquellas parábolas del reino estaban contadas en Marcos 4,1-34: *“Otra vez se puso a enseñar a orillas del lago”.* Esta enseñanza de las parábolas será muy oportuna leerla en paralelo con la narración de los dos gestos inolvidables (Marcos 5,21-43) realizados por Jesús y una mujer desconocida y sin nombre, pero tan arriesgada como creyente. Ambos gestos tienen una protagonista: la mano, guiada por sus correspondientes neuronas cerebrales.

Este relato de Marcos 5,21-43 es otra excelente palindromía narrativa y teológica. Las dos partes del ‘pan del bocadillo’ cuentan los deseos manifestados y cumplidos de Jairo, el jefe de la sinagoga del lugar. El centro del bocadillo-palindromía lo constituye la narración de la experiencia de fe de una mujer que oye a Jesús, medita en su enseñanza y decide acercarse a Jesús para tocarlo sin ser sentida. ¿Es así, María Magdalena narradora, el proceso de la experiencia de la fe? ¿Escuchar, meditar, decidir?: *“Tu fe… te ha curado”* (5,34).

Al volver sobre el relato completo de la palindromía llama la atención el dato de los doce años relacionados con cada una de ambas mujeres. La hija de Jairo *“se levantó al instante y se puso andar, pues tenía doce años. Jesús insistió en que nadie lo supiera y les dijo que le dieran de comer…”* (5,43). Siete personas había en aquella habitación de la mansión de Jairo. Jairo, su esposa y la hija de ambos, por un lado. Pedro, Santiago y Juan, por otro. En medio Jesús. Todos vieron la mano de Jesús sobre la mano de la ya mujer de doce años.

¿De qué estaba enferma aquella niña-mujer? No sé qué daría por que me lo dijera María Magdalena, que lo sabía y nos lo escribió a su manera. ¿Puedo intuir que esa enfermedad era su dependencia esclavizadora? Hasta sus doce años había vivido como propiedad de su padre y desde sus doce años sería propiedad de su marido. Jesús la invitó a levantarse, caminar, comer y decidir qué hacer con su persona, su vida y su futuro. Era hora de ser una mujer libre. Y esta libertad dependía de ella, pero también de todos cuantos estaban a su alrededor. La Ley de Moisés y de la Sinagoga de Jairo no pensaba así. Jesús cree en cada persona y en su libertad.

*“Entonces, una mujer que padecía flujo de sangre desde hacía doce años… habiendo oído lo que se decía de Jesús, se acercó por detrás entre la gente y tocó su manto. Pues se decía: con solo tocar su manto quedaré curada…”* (5,25-34). Dos preguntas me asaltan de inmediato: ¿Qué enfermedad era esa del flujo de sangre? Y, ¿qué enseñaba este laico Jesús cuando hablaba de esa tal enfermedad? Creo no estar demasiado equivocado si digo que esa enfermedad está descrita con precisión en el capítulo decimoquinto del rollo del Levítico, uno de los cinco libros de la Ley que el Dios Yavé de Moisés ordenó que cumplieran todas las gentes de su pueblo. ¿Era esta Ley una luz o una cadena? Para Jesús, una cadena que romper.